

FRANCISCO FERNÁNDEZ
1906-1953

El Profesor Francisco Fernández dejó una profunda huella en el recuerdo de quienes fueron sus colegas y discípulos.

Desde su ingreso en el año 1939, como Profesor Suplente de Letras hasta su fallecimiento ocurrido en 1953, la Facultad contó siempre con su colaboración inquebrantable; en la cátedra luciendo las dotes de una sólida preparación y fluida brillantez en la exposición y en el gobierno de la Facultad como consejero suplente en el período 1944-1948.

LUIS JUAN GUERRERO
1899 - 1957

Luis Juan Guerrero falleció el 17 de febrero de 1957 mientras pasaba sus vacaciones en las playas de Mar de Ajó, junto al Atlántico. La muerte vino a sorprenderle en momentos en que, al amparo de un clima estimulante, preparaba los manuscritos del tercer volumen de su "Estética". Trabajaba día y noche, sin darse descanso, con deseos de entregar cuanto antes su libro a la imprenta y emprender viaje a Europa a mediados de marzo. Las Universidades de Munich, de Francfort y de Heidelberg le habían invitado a desarrollar sendos cursos de filosofía. En ellos confiaba poder exponer los resultados de sus últimas meditaciones en el campo de la estética. Al regreso de ese proyectado viaje, que la muerte no le dió tiempo para emprender, esperaba poner por escrito y dar forma de libro a los materiales de muchos cursos universitarios. Había iniciado los trámites para acogerse a la jubilación a fin de emanciparse de todo compromiso con la docencia, al cabo de veintiocho años de intensa actividad universitaria.

Había obtenido el título de doctor en filosofía con una tesis, publicada originariamente en alemán, sobre "Teoría de los valores", y al regresar de Europa, en 1928, la Facultad de Humanidades de La Plata lo incorporó a su cuerpo de profesores con el carácter de suplente de la cátedra

de Gnoseología y metafísica. Dos años después obtuvo por concurso el cargo de profesor titular de Estética, que desempeñó hasta 1947. Al lado de las tareas inherentes a esa cátedra dictó ad honorem varios Seminarios de Estética, y también en forma honoraria fué profesor de Historia de la filosofía moderna desde mayo de 1945 hasta mediados de 1947. La Facultad de Humanidades lo designó consejero académico en dos oportunidades, de 1932 a 1936 y de 1940 a 1944, y en dos ocasiones fué electo consejero suplente al H. Consejo Superior de la Universidad de La Plata, de 1936 a 1940 y de 1944 a 1947. Pudo así intervenir con singular pericia en los delicados problemas de la conducción y orientación de la enseñanza superior, mientras dignificaba la enseñanza de la estética en su cátedra y confería un carácter amplio y actual al contenido de sus programas, que siempre se caracterizaron por una información vivaz y singularmente variada. Dos estudios suyos, de índole ocasional, fueron editados por la Universidad de La Plata: el primero en 1934 con el título de "Panorama de la Estética clásico-romántica alemana", reflejaba las lecciones introductorias a un curso de la "Escuela libre de Cultura integral", que se había organizado con amplia asistencia de público y por iniciativa del doctor Ricardo Levene, a la sazón Presidente de la Universidad; y el segundo, en 1945, al cumplirse el centenario de la publicación del "Facundo", de Sarmiento, con el título de "Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del Facundo".

En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el doctor Guerrero dictó las cátedras de Ética y de Estética, habiendo dirigido durante algunos años el Instituto de Estética. Tuvo también larga y destacada actuación en el Instituto Nacional del Profesorado, de Buenos Aires, en las cátedras de Historia de la filosofía, Ética y Estética. Participó igualmente en las tareas culturales del Colegio libre de Estudios superiores, de Buenos Aires. Actuó en Congresos de filosofía, y fué secretario de actas del Congreso realizado en Mendoza en 1949. En aquella ocasión leyó dos comunicaciones, "Escenas de la vida estética" y "Torso de la vida estética actual", que fueron analizadas en las sesiones plenarias y especializadas de aquel Congreso.

El doctor Guerrero contribuyó a la renovación de la enseñanza de la Psicología con un texto para los Colegios secundarios, que se reedita desde 1938, y que expone, con rigor didáctico, los resultados de las investigaciones de las escuelas más importantes de nuestra época.

La obra principal del doctor Guerrero la constituyen los dos tomos ya aparecidos de su Estética, el primero, con el título de "Revelación y acogimiento de la obra de arte", publicado a comienzos de 1956, y el segundo, titulado "Creación y ejecución de la obra de arte", editado pocos días después de su muerte. Con el tercer tomo, muy adelantado en sus manuscritos aunque por desgracia inconcluso, se proponía desarrollar los temas de las manifestaciones artísticas, de las potencias artísticas y de las tareas artísticas. Se había propuesto escribir un tratado completo y orgánico de Estética, que calificaba de "estética operatoria", y en el cual sometía a análisis filosófico la obra de arte desde la multiplicidad de comportamientos que el hombre asume frente a ella. La obra es el reflejo de sus amplios conocimientos de la filosofía actual, de su sensibilidad abierta a todas las expresiones del arte contemporáneo y su interés por las inquietudes sociales del presente. Une el rigor especulativo a la diáfana expresión literaria, y quedará en la producción filosófica americana como una obra fundamental. Dos años antes, en 1954, el doctor Guerrero había mostrado

iguales virtudes en un pequeño libro, “¿Qué es la belleza?”, aparecido en la colección Esquemas de la Editorial Columba.

La muerte, que le sorprendió a los 56 años, puso fin bruscamente a esta brillante carrera filosófica.

RICARDO ROJAS

1882 - 1957

El 27 de julio de 1957 la cultura y la universidad argentinas perdieron a uno de sus prohombres: el doctor Ricardo Rojas, que desde 1909 hasta 1920 enseñó en nuestra Facultad y, en 1939, recibió de la Universidad de La Plata, el nombramiento de Miembro Honorario. Ante la aciaga noticia de su muerte, la Facultad de Humanidades dispuso honras fúnebres y designó al Prof. Dr. Raúl H. Castagnino para despedir los restos mortales de quien, a su paso por las entonces recién nacidas aulas humanísticas platenses, dejara tantos recuerdos y enseñanzas. En su oración fúnebre expresó el doctor Castagnino:

“En esta hora luctuosa para la cultura argentina, traigo el dolor y la congoja de quienes actuamos en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, a cuyo claustro perteneciera el doctor Ricardo Rojas entre los años 1909 y 1920. Este dolor y esta congoja son de entraña filial, porque el doctor Ricardo Rojas, que tanto prestigiara con sus brillantes lecciones aquellas aulas, fué también nervio y alma del movimiento que dió vida y autonomía a la Facultad de Humanidades, segregándola de la Facultad de Derecho, de la que era por aquel tiempo, sólo un apéndice.

Sembrador de ideas y bellezas, varón de la estirpe de los forjadores, se unían en su personalidad los rasgos definidos del maestro y del apóstol. Con su ejemplo, palabra y libros, enseñó, difundió cultura y arte; con sus ideales construyó, vivió y predicó una teoría de la nacionalidad a la cual habrá que volver cada vez que busquemos el ser esencial de nuestra patria.

Transitó en los años mozos caminos de poesía: y Emilio Bécher, en 1903, pudo poner como pórtico profético de su salutación a *La victoria del hombre*, las palabras de Leconte de Lisle: “Éste perdurará”; y pudo cerrar su estudio con no menor intuición de augur, anunciando: “He aquí un joven que ha tenido el valor de preferir, a las dulzuras de la mediocridad satisfecha y a las recompensas deshonestas del éxito, el arduo camino del Ideal. Haber proclamado, contra el utilitarismo imperante, el amor a la Belleza y la devoción a la Idea, en una ciudad donde se mira toda tentativa de arte como un atentado contra el orden público y la moral común, revela, por lo menos, una voluntad. Acaso sea él uno de los tres o cuatro jóvenes que llegarán a hacer una obra, si tiene fuerza suficiente para seguir, contra el odio y el desprecio de los bárbaros, adelante”.

Y Ricardo Rojas siguió avanzando. No le desviaron de su ruta el ambiente, la incomprensión ni, más tarde, el contacto y la convivencia con la cultura europea y con los ídolos de las letras parisinas. Por el contrario, se refirmó en él la línea telúrica, de americanismo esencial, que queda trazada en *El país de la selva*, sigue en la serie que enhebra la

Filosofía de la nacionalidad y engarza esa gema de extrañas refulgencias que es *Eurindia*. Allí queda como confirmación de su perseverancia y amor por lo nuestro ese basamento de cultura humanística que es la historia de *La literatura argentina*. Hoy que proliferan en colegios y facultades las cátedras de literatura argentina, no todos recuerdan las luchas libradas por Rojas, las prevenciones que debió vencer para probar — al propio país en principio y al mundo cultural después —, la existencia real de un *corpus* literario nacional, auténtico, inconfundible.

Ricardo Rojas no sólo inauguró en 1912 la primera cátedra universitaria de literatura argentina, sino, además, fué creando la asignatura día por día con sus búsquedas, sus hallazgos. Después habrán podido los Aristarcos husmear a la vera del camino tal o cual ausencia, tal o cual omisión — por lo demás, previstas por el maestro — pero, ¿qué otra obra, comparable por su envergadura a *La literatura argentina*, puede desde 1923 parangonársele? La enseñanza de la literatura nacional en manos de Ricardo Rojas, como bien lo previó Rafael Obligado al ponerle en posesión de la cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, fué no sólo investigación bibliográfica y documentaria, sino también emoción artística, fruto de una sensibilidad exquisita, que supo “recoger notas dispersas y acordarlas en la sonoridad de nuestro primer siglo” de vida nacional.

La carrera de honores y las dignidades alcanzadas tampoco le desviaron de su camino y, con visión de sociólogo y estadista, su paso por el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires, le recuerda propulsor de la Reforma en el histórico dictamen que sostendrá la representación estudiantil en los cuerpos directivos. Los duros días de 1930 en que conocerá la incomprensión gubernamental no le arredrarán y, desde el fondo de la prisión y el exilio fueguino, *Archipiélago* y *Albatros* dirán de un espíritu superior que prefiere la verdad al silencio cómplice. Con esa visión de sociólogo y estadista, con la experiencia dura del ostracismo, podrá esculpir sendos monumentos literarios de aquellos otros titanes, también estadistas y exilados, que fueron *El Santo de la espada* y *El profeta de la pampa*.

Vendrán, después, los años aciagos de la tiranía y, con ellos, su alejamiento de la cátedra; nuevo ostracismo, más duro aún que el anterior porque estuvo amasado de despojos y silencio. Pero Rojas no declinó un instante su alto magisterio de verdad y democracia; están aun vibrantes en nuestros ánimos la actitud decidida en el año sanmartiniano cuando las fórmulas oficiales desleían el homenaje al héroe; y el restallido de aquellos fundamentales ensayos con que el maestro exaltó en San Martín al amante de la libertad y execrador de tiranos.

Reivindicado por la Revolución, la Universidad de Buenos Aires acababa de honrarse designándolo a Rojas profesor honorario, cuando nos abruma la infausta noticia de este desgarramiento que sufre el alma argentina con su desaparición. Quienes hemos sido sus discípulos y en el aula o en la tertulia amable recogimos la palabra monitora, el consejo oportuno, la orientación noble y recta tras la paciente lectura del manuscrito pudoroso e incipiente, sentimos ahora nuestro desvalimiento, nuestra impotencia para devolver en este instante postrero tanto cuanto del maestro recibimos; para volcar siquiera en gratitud y reconocimiento lo que le debemos. En las letras y en la cultura argentina hay un vacío irreparable. Una voz cálida, un gesto afectuoso, un guía señoril y certero serán ahora ausencia y dolor. Pero nos queda el consuelo de la obra señera, del

ejemplo indestructible, de la siembra fecunda que germinará mientras haya argentinos sensibles que recojan su legado.

Maestro Ricardo Rojas: tú nos enseñaste un día — y para siempre — que el mal de la cultura en América radica en que cada generación, ignorando el ayer, cortando tradiciones, empieza de nuevo la siembra espiritual. Por ti y por tu obra calmamos nuestra sed cultural en hontanares vernáculos; los mismos que nutren las raíces nudosas del ñandubay selvático o de la exótica planta en el jardín primoroso. Nuestra alma siente la plenitud de tu legado y vivirá en nosotros el sentido de la tradición que tú creaste.

Maestro: descanza en paz. Tu lección no ha sido estéril.”

VÍCTOR M. FONT
1906-1959

La fecunda actividad del Profesor Víctor M. Font, no se centralizó en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Su paso por esta Casa fué efímero, un corto período al frente de la cátedra “Estilística Francesa”.

A pesar de ello: en su actividad netamente platense, siempre estuvo unido a la Facultad que lo formó, contagiando a sus colegas y alumnos del noble entusiasmo que emanaba de su limpia alma y recto proceder, virtudes que adornaron al Profesor Font, complementando su capacidad y amplio dominio de la disciplina que cultivaba.

JOSÉ REZZANO
1877-1959

Su severa serenidad le orlaba de una afectuosidad tan sincera que en ella envolvía prestamente a colegas y a alumnos. Si un fervoroso elogio y una justa y clara evocación hemos de expresar en su memoria, ellos no pueden ser sino que fué un *educador*. Pensar en Rezzano es pensar en el Maestro.

Parco en el decir, un tanto sentencioso, prefería el tono de la conversación, medio habitual para desplegar sus amplios conocimientos, transmitiéndolos con tal nobleza y con tal sencillez que el acto comunicativo resultaba un traslado afectuoso *inter pares*. Por eso, escribió poco y enseñó mucho.

Su vasto saber pedagógico, que fundamentó posteriormente su título de doctor “honoris causa”, dió lugar a que en 1920 ocupara la cátedra de Ciencia de la Educación, que en 1921 fuera profesor extraordinario de Didáctica General e Historia de la Enseñanza, que en 1923 atendiera el curso de Legislación Escolar Argentina y Comparada y que en 1925 diri-

giera el Seminario de Ciencias de la Educación y, posteriormente, la cátedra de Filosofía de la Educación. Tal era su cariño por nuestra Casa, en la que fuera decano durante el período 1932-1936, que, retirado en abril de 1938, accedió a dictar honorariamente Didáctica General, en 1942.

No son sus labores en el gobierno universitario ni su pasión educadora llevada a la función pública, lo que caracteriza la proyección internacional que adquiere su figura. José Rezzano, en amoroso consorcio con Clotilde Guillén, es el gran difundidor latinoamericano de los principios y de los ideales de la nueva educación. Une su nombre y su acción a la de las figuras más esclarecidas del viejo continente, divulga, explica, demuestra. En permanente información, analiza nuestra realidad educacional y la confronta con las aspiraciones y las experiencias del siglo. En filosófica proyección al porvenir, afronta polémicas y supera contrastes. Sereno y sonriente, confía en los valores espirituales, en la virtualidad de la educación. Integra ese espléndido conjunto de educadores que, enraizados a esta Casa, proyectan en toda América el nuevo verbo educacional.

RICARDO LEVENE 1885-1959

En este número de "Humanidades", el primero que aparece después de su muerte, rendimos homenaje al fundador de esta publicación, doctor Ricardo Levene.

"Humanidades" apareció en 1921 como consecuencia del profundo cambio operado en la Universidad a raíz del movimiento renovador de la Reforma Universitaria. Modestamente el fundador, en pocos renglones expuso en el primer tomo el programa que aspiraba cumplir... "plantear los problemas de la Filosofía, Historia, Estética y Didáctica mediante la colaboración conjunta de Profesores, egresados y alumnos. Sería pues "Humanidades" un órgano de cultura superior, obra de la Universidad de la reforma destinado a dilucidar los problemas esenciales del espíritu.

Los primeros volúmenes tuvieron en su hora intensa repercusión en los medios intelectuales del país; el nombre restauraba el uso de un vocablo olvidado. Levantarlo como bandera de lucha diría Levene, al prologar en 1928 el vigésimo volumen, se tuvo por un acto temerario. Se trataba entonces de abrir las puertas de la Universidad "a todas las corrientes renovadoras del pensamiento" inspiradas en el principio básico de la libertad. El vocablo actualizado tuvo un matiz definitorio dentro de la etapa de la evolución de la cultura argentina iniciada en el tercer decenio de este siglo. El antiguo contenido clásico se complementó y armonizó de acuerdo con las exigencias de las profundas transformaciones ideológicas, surgidas después de la primer gran guerra mundial.

Las humanidades modernas debían abrazar en una síntesis global el vasto panorama de la cultura general integrando el cultivo de las disciplinas clásicas con el de los principios rectores de las ciencias de método experimental. "Humanidades" se ocuparía de todas estas inquietudes en función de la cultura superior del país y en especial de la formación de los egresados de la Universidad.

Cuando se rompió la marcha hace cuarenta años se hizo en medio del descreimiento y escepticismo de muchos; pero la fe en la bondad de la obra emprendida y el dinamismo extraordinario de Levene arrollaron todos los obstáculos. Los veinte volúmenes aparecidos en los primeros diez años fueron una revelación y colaborar en "Humanidades" era signo de distinción buscado por los jóvenes deseosos de formarse un nombre y por los consagrados que buscaban añadir el suyo a una empresa de prestigio continental.

A los ocho lustros de la iniciación asumimos la pesada responsabilidad de proseguir la tarea cumplida con tanto éxito por el maestro desaparecido. Lo hacemos con fervor de discípulo convencidos que la persistencia del planteo inicial a través de los azarosos años transcurridos desde entonces, indica cuan profunda raigambre tuvo y tiene la palabra Humanidades en las constantes culturales del país. Al continuar pues esta empresa idealista lo hacemos bajo la advocación del fundador cuyo recuerdo y ejemplo guiará nuestras labores en el futuro

La Facultad rindió oportunamente justiciero homenaje al doctor Ricardo Levene designando con su nombre el Instituto de Historia Argentina. En esa ocasión el Director del mismo Prof. Carlos Heras al descubrirse su retrato trazó la semblanza que transcribimos.

Bien está que en estos días dedicados a conmemorar el sesquicentenario de la Revolución de Mayo rindamos homenaje a quien fué el último de los grandes historiadores de la gesta nacional. Ricardo Levene a lo largo de más de medio siglo tuvo por motivo central de sus afanes de estudioso, la Revolución de 1810, sus hombres representativos y su época, legando a la posteridad una contribución de valor extraordinario cuyo conocimiento nadie podrá omitir en lo sucesivo al ocuparse de los mismos temas. Quiso el destino que no le fuese dado contemplar al pueblo de la República vibrando de emoción patriótica volver el pensamiento hacia Mayo cuyo culto difundió en sus lecciones, conferencias, libros didácticos y eruditos con fervor de sacerdote de la patria, señalando a sus conciudadanos el punto de partida del dogma nacional.

Justo y oportuno es el reconocimiento de sus méritos por parte del Consejo Académico de la Facultad, al disponer por decisión unánime de sus miembros, que el Instituto de Historia Argentina lleve en lo sucesivo su nombre, perpetuando así en la tradición de la casa el recuerdo del maestro ilustre, ligado a la vida de la misma durante treinta y cinco años de labor descollante en la cátedra y en la función directiva.

Levene se incorporó a la Universidad de La Plata en 1913, traído por el eminente Rector Joaquín V. González, quien tuvo la preocupación de fundar un centro de estudios históricos cuyas labores se ajustasen a la renovación metodológica y de contenido que ya entonces empezaba a difundirse en el país. Levene era ya entonces, pese a su juventud el hombre más representativo de la nueva promoción de estudiosos dedicada a la Historia Argentina, tenía pasión por la enseñanza y por la investigación y había dado muestras de su inagotable capacidad de trabajo y de su incansable dinamismo. González vió en él al hombre necesario para realizar sus anhelos y no se equivocó, a través de los años los hechos demostraron el acierto de su elección, había incorporado a la Universidad de La Plata un maestro ejemplar que con el andar del tiempo llegaría a ocupar con dignidad el alto sitio que él ocupaba. El joven profesor tenía 28 años; su consagración pú-

blica venía del propio González al prologar la primera edición de las Lecciones de Historia Argentina, se le reconocían además honorables antecedentes por sus ponderados trabajos históricos. Así emprendió Levene en la cátedra de Historia Argentina de la primitiva Sección de Filosofía, Historia y Letras su fecundo magisterio prolongado durante siete lustros, dejando a su retiro impuesto por las prescripciones de la ley universitaria de 1948, una obra que le sobrevive en sus libros y en la pléyade de discípulos formados en torno a su acogedora personalidad. Fué sin pausas y sin altibajos el prototipo de docente-investigador, ni aun en horas críticas del desempeño de cargos directivos, dejó de dictar la clase; toda su valiosa labor de publicista está ligada al ejercicio de la cátedra, donde nacieron sus libros como lo recordó alguna vez "en cordial relación espiritual con los alumnos". Pero no fué el tipo de erudito que interpreta el mundo por el agujero abierto a través de la muralla de su especialidad. Levene vivió plenamente el momento intelectual de su época caracterizada por grandes mutaciones, tuvo militancia ideológica circunscripta al ámbito universitario donde sobresalió por la claridad de sus ideas y su temple de hombre de acción probado en los dos períodos del Decanato de la Facultad y la Presidencia de esta alta casa de estudios.

La Universidad y las tareas derivadas de la dignidad académica absorbieron toda su vida, raro ejemplo de abnegación y desinterés en un medio mercantilizado; en el que pudo hacer fortuna prefiriendo la decorosa pobreza del docente con dedicación exclusiva. Ejerció con singular señorío tanto por la avasallante gravitación de su personalidad moral, como por su laboriosidad e ingenio sobre las personas, un verdadero patriarcado en el campo de los estudios históricos prolongado por medio siglo en que nada se hizo en el país sin estar ligado a su nombre. La crónica del futuro, calificará sin duda a este brillante período de florecimiento de los estudios históricos en la Argentina como la época de Ricardo Levene.

Obrero infatigable toda su vida fué una continuada batalla contra la inercia y el conformismo, dió con su ejemplo lecciones de optimismo y de fe en la acción, nunca dió por concluida su obra, sólo la muerte que lo sorprendió en la faena de toda su vida, pudo poner término como él lo hubiese deseado a su quehacer sin tregua ni descanso.

Los que tuvimos el privilegio de formarnos a su lado y participar en sus tareas sentíamos día a día el impulso irradiante de su persona y tenemos como un sello impuesto por su ascendiente, un sentido ético de la vida libre de egoísmos, inspirado en la tolerancia, la comprensión del esfuerzo ajeno y la lealtad como línea inalterable de conducta. Amó a la juventud que frecuentaba las aulas, veía en cada estudiante una esperanza, seguía los pasos de sus alumnos, les prodigaba sus consejos alentadores o los reconvenía con cariño paternal. Todos sentían renacer el optimismo a su contacto, cuando despojado de la severidad del profesor llegaba a lo hondo de los infinitos problemas planteados por sus discípulos. Por eso el recuerdo de su magisterio se agranda con el correr del tiempo y el culto a su memoria se mantiene encendido por los millares de ex alumnos dispersos por todos los ámbitos del país. Buscó el contacto diario con la juventud estudiosa, formándola se formó, al frente al frente de ella o enfrentándola en apasionadas bregas universitarias, lo hizo con pasión de maestro ya sea para dirigirla o señalarle sus extravíos; siempre en medio de la lucha se lo escuchó con respeto porque seducía el fervor puesto en su palabra y no se dudaba del desinterés y sinceridad de sus intenciones.

Esta casa lo vió llegar joven, con la pujanza inicial, animado con la

ilusión de ligar su nombre a la cultura argentina y lo vió partir en la edad madura con la satisfacción del ideal logrado, reconocido como una de las figuras más representativas de la inteligencia argentina del presente siglo.

Aquí vimos como se consagraba su personalidad al obtener a los 35 años con su Ensayo Histórico sobre Mariano Moreno y la Revolución de Mayo el primer premio del certamen nacional, máxima distinción otorgada por la República a los estudiosos, vimos después acrecentarse su prestigio con la sucesión de obras y monografías que jalonan su vida de investigador incansable, vimos cómo paso a paso conquistaba a justo título los más preciados galardones, culminando con la Presidencia de la Academia Nacional de la Historia convertida merced a su tesón en un alto Instituto de Cultura nacional.

No por haber llegado, disminuyó la fuerza constructiva, el cargo nunca fué deseado con afán de exhibicionismo, sino como medio necesario para emprender nuevas obras. Cuando se despidió de esta Universidad en 1948, quedaba tras de él la estela de una vida batalladora y fructífera. Dos veces había sido Decano de la Facultad y Presidente de la Universidad, Profesor fundador de cátedras como la de Sociología e Introducción a los Estudios Históricos, renovador de los métodos de enseñanza, fundador de la Revista Humanidades y de la Biblioteca Humanidades que contribuyeron en su tiempo a remozar el contenido de una palabra de antigua tradición en la Universidad argentina. Dejaba también un compacto núcleo de ex discípulos agrupados en el Centro de Estudios Históricos que continúan su obra y lo veneran como maestro; fuera de la Universidad dejaba el Archivo Histórico de la Provincia hijo de su esfuerzo que fundara en 1926 y dirigiera ad honorem hasta su postrer día. Todo esto lo liga a una época floreciente de la Universidad de la reforma que él interpretó como un movimiento de consagración de las jerarquías intelectuales en el acendrado trabajo diario de la cátedra, de los laboratorios, bibliotecas y seminarios mancomunados los esfuerzos de profesores, graduados y alumnos por el afán de superación en provecho propio y de la cultura del país.

La tarea absorbente de esta Universidad no le impidió desarrollar paralelamente obra imperecedera en la de Buenos Aires o en la Academia Nacional de la Historia. En aquella desempeñó cátedras y fundó Institutos de Trabajo en las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras; en la Academia planeó y dió término mediante la colaboración colectiva a la Historia de la Nación Argentina esfuerzo que marca un jalón en nuestras empresas de cultura.

Alejado de la Universidad de La Plata concentró sus tareas en el Instituto de Historia del Derecho Argentino en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Allí también formó escuela, promovió inquietudes y alentó esfuerzos; sus discípulos hoy lo dirigen y aspiran a mantener la tradición del maestro asentada sobre los once tomos de su monumental Historia del Derecho Argentino.

Señores: He intentado más que con acierto con devoción de discípulo trazar el perfil de una figura excepcional, ella fué guía y ejemplo y de hoy en adelante al iniciar la tarea diaria lo haremos confortados por la mirada bondadosa del maestro como tantas veces lo hiciera en vida, ejerciendo la función monitora que brotaba espontánea de su espíritu y la ejercí con sentido misional.

CORIOLANO ALBERINI

1866-1960

La figura del doctor Alberini ha quedado indisolublemente unida al desarrollo de la filosofía y de la cultura en la Argentina. Nacido en Italia, pero trasladado a nuestro país en la más temprana infancia, ejerció una actividad tesonera e infatigable que debía conducir a la jerarquización de los estudios filosóficos y del cultivo de las disciplinas del espíritu, desplazadas entre nosotros — a fines del siglo pasado y a comienzos de este — por objetivos pragmáticos. Durante los años de estudio de Alberini, la estimación de los bienes práctico-utilitarios, representada por la generación del 80, imperaba en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, entregada a la enseñanza y a la difusión del positivismo. Salvo la excepción de Rivarola, quien exponía en sus cursos la obra de Kant, que conocía indirectamente, los demás profesores basaban sus explicaciones en los textos clásicos del movimiento positivista. Alberini, en cambio, en su época juvenil, conoció la obra de Croce y la de Bergson, la cual le produjo, según propia confesión, un *coup de foudre métaphysique*. A estos autores le siguieron el conocimiento de los principales representantes de la filosofía de entonces. Todo ello contribuyó a que Alberini sólo encontrase en la Facultad una enseñanza que, a su juicio, era caduca y anacrónica. Pero la institución universitaria, reflejaba el estado de la cultura del país, deslumbrado como estaba por todo cuanto significase un progreso material, concretado en aplicaciones prácticas y utilitarias. Tanto, que la Facultad de Filosofía era vista con desconfianza, y no faltaban quienes la rechazaran en virtud de la inutilidad de los estudios que se cursaban en ella. Alberini recuerda la lucha de aquel tiempo con las siguientes palabras: “Algunos alumnos, muy pocos... distribuíamos ironías y sarcasmos, siempre en tren de agresión alegre contra las personas que perseguían o que no tomaban en serio a la Facultad. Blindados en nuestro humorismo militante, proclamábamos que teníamos el honor de ser doctores en nubes”.

Después de la primera visita que Ortega y Gasset hiciera a la Argentina, en 1916, los jóvenes, encabezados por Alberini, decidieron independizarse, creando el Colegio Novecentista, cuyo sentido estaba en rescatar para la cultura del país los valores espirituales, desplazados, o simplemente desconocidos, por la mayoría. La vida del Colegio fué breve; pero el fracaso del mismo no afectó a los ideales que inspiraron su fundación. Al referirse a los jóvenes que lo integraron, Korn dice que “les cupo un triunfo póstumo, pues, sin sospecharlo, fueron la avanzada aventurera de un ejército en marcha”.

Más tarde, Alberini le dedicó a la Facultad de Filosofía y Letras lo mejor de sí mismo, contribuyendo a que, desde ella, irradian las nuevas ideas destinadas a cambiar el estado cultural de la Argentina. Hacia la misma época, Alberini se incorporó a nuestra Facultad en calidad de profesor suplente de historia de la filosofía, dictando posteriormente los cursos de Lógica, Introducción a la filosofía, Gnoseología y Metafísica y Ética. No tardó en centrar su actividad docente en las cátedras de Introducción a la Filosofía y Gnoseología y Metafísica, por él fundada. Varias generaciones de platenses sintieron el hechizo que emanaba de la palabra y de la inteligencia del profesor excepcional. En efecto, Alberini fué un profesor. Necesitaba de los demás — de los jóvenes estu-

diantes — para encontrarse a sí mismo y para poder desarrollar, en comunicación con ellos, ideas y concepciones que en él estaban fundamentadas en un inmenso saber y en una inteligencia privilegiada. Quizá por esta razón haya desdeñado, hasta cierto punto, la exposición escrita, desprovista de la calidez que posibilita la transmisión oral. No obstante, la obra dejada por el liustre profesor, en su mayor parte dispersa en revistas, periódicos y actas de congresos, reúne alrededor de noventa y cuatro títulos. Entre ellos, mencionaremos los más conocidos: *La teoría kantiana del juicio sintético a priori* (1911), *La metafísica y la psicología empírica* (1920), *Introducción a la axiogenia* (1921), *La reforma epistemológica de Eintein* (1925), *El problema ético en la filosofía de Bergson* (1925), *La pensée française, dans l'Argentine* (1926), *Contemporary Philosophy Tendencies in South America* (1929), *Die deutsche Philosophy in Argentinien*, obra presentada por Einstein (1930), *La metafísica de Alberdi* (1934), *La metafísica de la libertad histórica* (1955). El país espera la próxima edición de las obras de Alberini. Ellas serán el testimonio de un fecundo período de la filosofía en la Argentina.

En su oportunidad, el reconocimiento de la labor del doctor Alberini sobrepasó los límites del país. Bergson, Ortega y Einstein — para no citar sino a tres grandes de nuestra época — le dispensaron amistad y admiración. La Universidad de Leipzig le confirió el título de doctor *honoris causa*. Su carrera ascendente fué interrumpida en plena madurez por una repentina enfermedad que lo mantuvo alejado durante dieciséis años de toda actividad oficial. Pero en la Argentina los estudiosos sabían que, desde el retiro de su hogar, Alberini seguía con atención vigilante los pasos que cada uno andaba por el camino de la ardua conquista del espíritu. Eso era reconfortante. Hoy, la cultura nacional tiene que renunciar al aliento que de él provenía y sabe que con su muerte ha perdido a uno de los más sólidos apoyos en la esperanza que Alberini iniciara. *Iniciación de una esperanza*, ¿podría haber caracterización más justa del legado que nos haya dejado Alberini?